

LA ETICA EXISTENCIALISTA Y MARXISTA

I

EL AMORALISMO DE MARTIN HEIDEGGER

1. — Tanto de la exposición como de la crítica de las teorías existencialistas en sus principales representantes, y también de la solución positiva de los problemas de la existencia, nos hemos ocupado ampliamente en nuestro *Tratado de Existencialismo y Tomismo*¹. A este libro remitimos al lector que desee una exposición más acabada del tema. Aquí nos ceñiremos a exponer sucintamente sólo lo referente a la moral en sus dos representantes más conocidos: Martín Heidegger y Jean Paul Sartre, partiendo de las conclusiones de su *Ontología existencial*, a que hemos referido con más detención en nuestra mencionada obra acerca del existencialismo; para ofrecer al lector una síntesis crítica sobre la moral de una de las principales corrientes filosóficas de vigencia actual.

2. — La analítica de la existencia humana conduce a Heidegger a la conclusión relativista de que tanto el mundo y el espacio, como el tiempo y la historia, no son sino en la existencia humana; más aún, *mundanidad, especialidad, temporalidad e historicidad*, constituyen la trama última y la esencia misma de dicha existencia. El *ser* queda así clauso y por ende, *relativizado*, en el *ser* de la existencia humana. Bien que en sus últimos escritos Heidegger intenta superar tal relativismo con la afirmación de que el *ser* se revela en el *ser* de la existencia humana, sin identificarse necesariamente con éste, sin embargo tal ser no tiene vigencia ni sentido en sí mismo como ser trascendente o consistente en sí, sino sólo como *pura presencia* en el *ser* de la existencia. Un ser en sí o trascendente al ser de la existencia humana—*Da-sein*— no puede tener sentido en un planteo y análisis puramente fenomenológico existencial, como el de Heidegger, donde está bloqueado de antemano cualquier egreso de la existencia misma, con la clausura del único camino para salir de ella, que es el del raciocinio intelectual. El *ser* se agota en su *revelación* o *epifanía*, como mera presencia en el *Da-sein*. De ahí el *relativismo agnóstico y ateo*, que lógicamente se sigue del punto de partida y del método fenomenológico

¹ Emecé, Buenos Aires, 1956.

existencial anti-intelectualista adoptado; el cual, por su misma índole, no puede trascender la descripción de los caracteres empíricos —las “notas existenciales”— del *ser* de la existencia. Es verdad que Heidegger se cuida de negar el ser trascendente del mundo y de Dios y que, por eso mismo, rehuye el apelativo de ateo. Lo que nosotros afirmamos es que, de acuerdo a su método, Heidegger no puede tener acceso a tal *ser*: no se puede trascender o ir más allá del propio *ser* o *aparecer* existencial —*relativismo agnóstico*—.

Por otra parte y en virtud del mismo método anti-intelectualista o irracionalista instaurado, la analítica heideggeriana no puede superar tampoco las notas empíricas ni alcanzar el verdadero ser del hombre o de la existencia humana. En efecto, cegada la fuente de luz intelectual, única capaz de iluminarlo y develarlo, el auténtico *ser*, la *esencia existente* del propio hombre, desaparece del horizonte y es sustituido por el de sus “notas” empírico-fenomenológicas “*existenciales*”, por una existencia como *puro hacerse* o éxodo de la nada sin nunca llegar a *ser*, por una *ex-sistencia des-esencializada*, que pierde todo sentido y mucho más el ontológico y se diluye en una pura *apariencia fenomenológica, impensable*, que viene a dar, a la postre, en la *nada*.

De este modo, no sólo el *ser trascendente* sino aún el mismo *ser inmanente* de la propia existencia —*Da-sein*—, se diluye y despoja a la existencia humana de todo auténtico ser, dejándola como un puro *hacerse* o *aparecer* y, en definitiva, en una *nada* que quiere ser.

3. — En esta *Ontología fundamental* no es posible la actividad moral estrictamente tal: han desaparecido los *términos a quo* y *ad quem*, que estructuran y dan sentido al perfeccionamiento y valoración morales. En efecto, en semejante posición no hay *sujeto* que perfeccionar ni tampoco *bien* ni mucho menos *Bien* infinito trascendente —ni, por ende, *valor absoluto*— con dirección a cuya posesión pueda tener sentido el perfeccionamiento moral de aquel. Sólo resta la *ex-sistencia* como pura *auto-creación* o *pro-yecto*, sin norma valorativa posible alguna. La *ex-sistencia* es una pura auto-creación, que se hace a su entera elección libre, pero nunca con referencia a algo trascendente, en el verdadero y clásico sentido de esta palabra: de algo real y absoluto que es más allá de la propia existencia.

“Sin una esencia anterior, cuya plenitud deba alcanzar, sin un Dios trascendente creador que la saca de la nada en su comienzo, sin un Dios conservador y actuante que la mantiene y aumenta en su existencia, sin un Dios legislador que la conduce hacia Sí como a su infinito Bien trascendente, sin normas ni valores consiguientes que realizar, sin nada antes y después, ni arriba ni abajo, sola, abandonada a su propia libertad y decisión, puro devenir o proyección temporal, la existencia humana, constituida desde y por la nada,

corre inexorablemente a su cumplimiento total con la muerte, *enteramente amoral*, sin posibilidad siquiera de ser buena o mala”¹.

El mismo Heidegger se encarga de decirnos que “*la existencia banal*” y “*la existencia auténtica*” no implican valoración alguna, de modo tal que ni ésta es buena ni aquélla es mala, como pudiera aparecer a primera vista de acuerdo a los términos mismos que la expresan, sino que simplemente son dos maneras distintas de realización o auto-elección de la existencia. Ni podría ser de otro modo de acuerdo a los presupuestos metodológicos del análisis existencial del autor.

En todo caso, Heidegger ha soslayado totalmente el problema moral, y lo ha hecho así no accidentalmente o sin querer, sino porque lo moral no tiene cabida ni sentido en su *Ontología fundamental*, de acuerdo a lo que acabamos de decir. Para una existencia como pura auto-elección, sola y abandonada a sí misma, en que nada es sino en ella y a lo más como *pura presencia* en ella, no caben ni valor ni normas morales trascendentes y absolutas. Sólo es la existencia como pura actividad o libertad autocreadora, sin valoración moral posible en su dirección. Por eso, la ex-sistencia es *enteramente amoral*: lo moral está radicalmente ausente y carece de sentido, y el sistema heideggeriano se estructura al margen de toda moral: es un *puro amoralismo*.

II

EL AMORALISMO DE JEAN PAUL SARTRE

4.— Mucho más patente y confesado se presenta el amoralismo de Sartre. El “*ser para sí*” del hombre es un *ser* que “*es lo que no es y no es lo que es*”, una nada con ansias de llegar a ser, una pura libertad en busca de una realización imposible. El hombre no es *ser*, no es una *esencia* existente, porque no hay Dios que la piense y la constituya con su pensamiento; es una pura *ex-sistencia* o auto-elección desde la nada.

Precisamente para que la ex-sistencia del hombre no sea una esencia orientada a un determinado fin como a su bien, para que no sea otra cosa que una nada enteramente libre para hacerse o elegirse como quiere, Sartre ha adoptado un “ateísmo coherente”, un sistema que, en todo caso, exista o no exista Dios, permita al hombre organizar su vida con entera independencia como “si Dios realmente no existiera”.

¹ OCTAVIO NICOLAS DERISI, *Tratado de Existencialismo y Tomismo*, Emecé, Buenos Aires, 1956.

Sartre ha reducido todo el “*ser*” a “*aparecer*” y todo el “*ser en sí*” —mundo— a un “*aparecer*” en el “*ser para sí*” de la existencia humana; el cual, en definitiva, “*no es lo que es y es lo que no es*”. Esta pura libertad que es la *ex-sistencia* humana, vacía de ser y sin ningún ser ni valor trascendentes, ni arriba ni abajo, ni antes ni después de ella, está enteramente abandonada a sí misma, “sin apoyos ni arrimos” ni limitaciones o coartaciones morales de ningún género; es pura y entera auto-creación o elección libre de sí, la cual, cuando elige, elige sus propios valores y “*elige para todos*”.

5. — Sin *Ser* o *Bien* infinito y sin ni siquiera *ser* o *bien* finito trascendente que conquistar para perfeccionar el propio ser, y sin *ser* inmanente que perfeccionar, todo proceso perfectivo en general y, de un modo particular, el moral, están desprovistos de sentido, por carecer de términos *a quo* o sujeto por perfeccionar y de término *ad quem* con que perfeccionar aquel sujeto llevándolo desde el ser que es al ser que debe ser.

Precisamente esta ausencia de *ser a quo* y de *ser* o *Bien* supremo *ad quem*, al que aquel está esencialmente ordenado para alcanzar con El su perfección moral inmanente mediante la actuación de su libertad, imposibilita a Sartre toda estructuración teórica o normativa ética y toda actuación o realización práctica, por parte de la libertad, del bien moral bajo la dirección de aquella.

De hecho Sartre saca tales consecuencias de su *posición metafísica agnóstica*. No hay valores ni normas y mucho menos bienes o fines trascendentes, a los que ha de someterse la libertad humana para constituirse en buena. Es al revés, es la libertad la que eligiéndose a sí determina el valor o bien moral, y en general, todos los valores. El valor moral no es algo superior que rija y confiera bondad a la libertad, por el contrario es la libertad o la propia *ex-sistencia* quien determina y da origen al valor. Cada uno elige su *ex-sistencia* y, eligiéndola, constituye los valores de la misma. Sólo es la libertad y, por su elección, el valor y la bondad o nobleza moral.

El carácter moral no es, pues, objetivo ni depende de nada trascendente al hombre; al contrario, es enteramente subjetivo, dependiente y creado por el mismo hombre, de acuerdo a su situación. Cada uno puede elegir su *ex-sistencia* —puro hacerse sin esencia ni ser— libremente como quiere; y al elegirse elige a la vez —y constituye— *su* valor para todos. De aquí que para Sartre valga moralmente lo mismo el amor conyugal que el adulterino. Lo que interesa dice Sartre es la *fidelidad* al valor o modo de vida adoptado.

Por lo demás, tampoco se ve qué sentido y vigencia moral pueda tener esta “*fidelidad*” al valor elegido, puesto que si la elección de vida es enteramente libre y subjetiva, es ella quien determina al valor. ¿Qué puede impedir en esta pseudo-moral sin normas el que uno cambie de elección y decida su *ex-sistencia* de otro modo, con otro valor y aun quebrantando el primero?

La verdad es que el *amoralismo* implícito de Heidegger está explicitado y llevado hasta el fin y con mucho más desenfado por Sartre, quien quiere colocar en la picota y la burla la moral de valores o bienes y normas trascendentes. No sólo no existe Dios, sino que además es absurdo. Si nada es ni vale fuera de la existencia humana como pura libertad de la nada y para la nada, nada queda para valorar, y menos moralmente, semejante libertad. Toda noción de bien y mal moral, toda norma ética, se hace imposible. La libertad es puro hacerse o *ex-sistencia*, nada más, y no puede ser otra cosa. Cualquier modo de elegir o realizar la *ex-sistencia* es lo mismo: la valoración, moral o cual fuere, ha perdido totalmente el sentido. Ya no hay lugar para la distinción entre el bien y el mal, la vida buena o criminal, el *amoralismo* más radical es la consecuencia del Existencialismo nihilista y ateo de Sartre. Cada uno obra de acuerdo a *su situación* y no por normas absolutas.

6. — De hecho sus discípulos han llevado su *amoralismo* a los extremos más repugnantes opuestos a la naturaleza humana, y constituyen ya un verdadero peligro psíquico y moral para la sociedad. Pareciera que hasta al mismo Sartre hubiese alcanzado la alarma ante tales secuelas prácticas sacadas de su teoría; bien que nada ha hecho ni puede hacer para impedirlo desde la adopción del planteo y del método fenomenológico existencial.

Más aún, podemos decir con todo fundamento que mucho de la amplia notoriedad y fama internacional de Sartre, más que a sus teorías filosóficas se deben a su *amoralismo*; el cual viene a otorgar una pseudo-justificación o estado *de iure* a todas las desviaciones o claudicaciones morales, en que abunda nuestra generación.

Como lo han hecho con el psicoanálisis de Freud —por lo demás, tan íntimamente emparentado con el existencialismo de Sartre y el marxismo, por su *materialismo*— muchos hombres de hoy pretenden justificar sus desviaciones morales y destruir y hasta hacer imposible la conciencia misma del pecado, con este *amoralismo* ateo y nihilista el existencialismo de Sartre. Gran parte del “público” que adhiere a Sartre lo hace en busca de una “liberación” de toda creencia y normas morales de conducta y de todo “complejo de culpa”, en una palabra, en busca de una *ex-sistencia* o *libertad* enteramente *amoral*. Sin duda que es en sus consecuencias prácticas más que en su alibicada y fútil fundamentación filosófica donde hay que buscar las causas de su amplia difusión y adhesión que ha encontrado el existencialismo sartriano, sobre todo entre los jóvenes desprovistos de formación intelectual, moral y religiosa. Un mundo entregado a todas las perversiones morales ha creído poder encontrar su *justificación* en el *amoralismo* total de la *ex-sistencia*, que pretende sostenerse en las fútiles teorías de Sartre.

7. — La imposibilidad de toda actividad auténticamente moral en Heidegger y más todavía en Sartre, procede de la raíz *irracionalista* de sus sistemas, que

desconocen y niegan el poder de la inteligencia para *de-velar* el *ser* trascendente e inmanente; irracionalismo, que en Sartre se agrava con su concepción materialista del ser. Ahora bien, lo ontológico y la Metafísica carecen de sentido cuando se desconoce o se pone en duda el valor de la inteligencia para aprehender el ser trascendente como lo hacen, en mayor o menor grado, todos los existencialistas.

¿Cómo podría haber una sólida fundamentación de la moral, no sólo en sistemas como los de Heidegger y Sartre, sino aún en otros existencialismos, como el de Jaspers, quien niega a la inteligencia todo poder de aprehensión del ser, más aún, que atribuye a ésta una maligna acción que deforma la auténtica realidad convirtiéndola de subjetiva en objetiva?

El mismo Gabriel Marcel, que ha percibido y descrito el sentido moral tan hondamente, que puede decirse que fundamenta su misma concepción filosófica en una actitud moral: la del *recogimiento*, y que hace depender lo ontológico de actitudes eminentemente morales, tales como las de *fidelidad*, *esperanza* y *amor*, el descubrimiento del "*misterio del ser*", ¿podría justificarla y cimentarla debidamente, una vez que ha cuestionado a la inteligencia la capacidad de la aprehensión del *ser* y, consiguientemente, del *bien* y de las normas absolutas morales, porque ha desconocido la esencia intencional espiritual de la misma?

Porque la verdad es —y conviene repetirlo— que si se niega el poder aprehensivo del *ser* a la inteligencia el hombre queda imposibilitado para llegar a éste por otro camino, que no tiene, sumergido en un oscuro agnosticismo metafísico, frente sólo a un conjunto de "notas existenciales", puramente fenoménicas, diluídas, en definitiva, en la *nada*. Y desde un *agnosticismo metafísico*, desprovisto de *ser* o *bien* trascendente e inmanente, desde un *fenomenismo nihilista*, es imposible descubrir y fundamentar tanto el ideal moral teórico y establecer las normas prácticas de la Ética o, más brevemente, es imposible establecer una *Filosofía moral*, como organizar en el orden estrictamente práctico una conducta moral conforme a las exigencias de aquellas normas absolutas. Fuera de tales bienes o valores y normas absolutas, toda denominación moral es *equivoca* y ha perdido todo sentido en su genuino significado que ha tenido siempre y tiene aún hoy entre los hombres, que no han sido contaminados por estas falsas e interesadas concepciones filosóficas.

De aquí que todo existencialismo que niega, vulnera o disminuye el alcance ontológico de la inteligencia, haciendo imposible por eso mismo la Metafísica, no pueda organizar ni mucho menos fundamentar una Filosofía práctica y, más concretamente, una Filosofía moral, y esté condenado de antemano, por una lógica interna de sus premisas, al *amoralismo* más *radical* con todas las consecuencias disolventes para la vida individual y social del hombre.

III

EL PRAGMATISMO ÉTICO DEL MARXISMO

8. — También en el Marxismo la actividad ética carece de auténtico sentido.

La Filosofía de Marx se funda en un *materialismo dialéctico* absoluto. La única realidad es la materia, cuya evolución necesaria se realiza en forma dialéctica de afirmación (*tésis*), negación o contradicción (*antitésis*) y superación e integración de ambas (*síntesis*). La dialéctica de Hegel ha sido invertida y trasladada desde la *Idea* a la *Materia*. La materia, que es *alienación* en Hegel, es la verdadera y única realidad en Marx, en quien la *alienación* está representada por la idea y el espíritu. La materia no es considerada por Marx en su última esencia —nunca la define— sino sólo en su movimiento dialéctico entre el *hombre-necesidad* y la *naturaleza-satisfacción* y el *trabajo* y los *medios de producción*, con los que el hombre somete y transforma la naturaleza para hacerla satisfacer mejor a sus propias necesidades.

Esta realidad material dinámica, a través de sus estadios y según la evolución de los medios de producción, engendra la *sociedad* y la *historia*.

A su vez, a través de la sociedad, la materia engendra el *derecho*, la *filosofía* y la *religión*, como otras tantas *super-estructuras* o *ideologías*, que corresponden al grado de evolución de los medios de producción y del movimiento dialéctico de quienes los poseen y de la sociedad por ellos engendrada o, más brevemente, que corresponden a la *estructura* de la materia. Así como en un plano individual la materia engendra la conciencia y el conocimiento a través del cerebro; en un plano social la *estructura material* o, más concretamente, los medios de producción ordenados a alcanzar y aumentar las satisfacciones de la naturaleza para las necesidades del hombre, engendran el tipo de sociedad, el cual a su vez engendra la *superestructura* de las *ideologías* —derecho, filosofía, moral y religión— que se avienen a dar justificación y defensa al grado o momento de evolución social determinado, en definitiva, por los medios de producción.

9. — Fuera de que en el materialismo dialéctico no cabe una auténtica libertad —que es siempre hija del *espíritu*— el Marxismo coloca a la actividad moral en el plano de las *ideologías*, que para su autor no son un conocimiento o aprehensión de una verdad absoluta, sino una función puramente *pragmática* para expresar y justificar un estadio de evolución de la sociedad. Ya de por sí, cualquier conocimiento deja de ser para Marx una aprehensión teórica o contemplativa de la verdad y no es sino una *actividad puramente práctica* y su alcance de verdad no consiste en un ajuste o “adecuación de la mente con la cosa”, sino en que una concepción o acción “resulte” o dé buenos efectos. En moral será *bueno* o *malo* lo que contribuya o se oponga a la obtención de un resultado, no son algo absoluto, independiente de toda consideración subjetiva,

sino algo enteramente *relativo*, no algo en sí, sino puramente *pragmático*. Vale decir, que la *concepción gnoseológica marxista* y, consiguientemente, su *concepción moral*, están viciadas de un radical *agnosticismo*, proveniente de un *relativismo pragmatista*.

De hecho, el comunismo —que se coloca a sí mismo en la cima de la evolución social, contradiciéndose en esto, como en otras muchas cosas, pues en un dinamismo dialéctico no hay término definitivo— enseña que es bueno todo lo que favorece a la implantación, afianzamiento y desarrollo de su doctrina y organización; y malo lo contrario. Se trata de un *pragmatismo* o *utilitarismo* llevado hasta el fin de acuerdo, por lo demás, al sentido que el marxismo otorga al valor del conocimiento y de las ideologías.

10. — El marxismo ha llevado el maquiavelismo hasta su extremo, en virtud de su concepción pragmático-utilitarista del conocimiento y de sus exigencias morales, que no se logran por la vía de la contemplación del ser y consiguientes normas absolutas, sino por la vía irracional de la acción, que obtiene resultados favorables al ideal que cada sociedad se forja, en su momento fugaz de existencia, dentro de una evolución dialéctica y, por ende, determinista; en definitiva, sociedad determinada por la organización de los medios de producción y de sus tenedores.

Se ha destruido en este sistema una vez más el *término a quo* o sujeto que perfeccionar, y el *término ad quem* o bien o valor con que perfeccionar a aquél. En efecto, no cabe en él esta concepción absolutamente materialista, el espíritu o sujeto capaz de perfeccionarse así mismo con el auto-dominio o libertad sobre su actividad, que se ajusta a las normas morales; ni existen tampoco tales normas trascendentes al sujeto y, como tales, absolutas, porque se ha destruido el único instrumento para *de-velarlas* desde el *ser* trascendente como sus exigencias ontológicas o, en otros términos, como *bienes* o *valores absolutos*, con qué estructurarlas.

Y se han destruidos los términos del perfeccionamiento moral, porque, en última instancia, el materialismo marxista, como todo materialismo, ha destruido la *inteligencia* y la *libertad* —frutos del espíritu— y con ellas ha hecho imposible la organización teórica de un saber moral de normas absolutas y la obligación consiguiente, única que puede dar consistencia a la organización práctica de la conducta moral. Sólo queda la materia oscura con un dinamismo dialéctico inevitable, sujeta a un determinismo necesario, que da origen a las ideologías, sin excluir a las que dirigen la actividad moral, como instancias cambiantes y contradictorias, carentes de valor absoluto, puramente utilitarias y pragmáticas, meros medios que la sociedad se crea para su propio desenvolvimiento y, en definitiva, de los medios de la producción que engendran a ésta.

Con el irracionalismo utilitarista o pragmático, las acciones han perdido todo carácter de bondad o maldad moral en sí mismas —*amoralismo*—; sólo son

medios para lograr un *fin inmediato y transitorio*: el éxito de la sociedad a que tales acciones pertenecen y, concretamente, *medios* para implantar o favorecer de cualquier manera el comunismo, como meta suprema de la historia —*inmoralismo o maquiavelismo absoluto*.

El amoralismo marxista, que desemboca en un *inmoralismo* o *maquiavelismo* sin límites, radica, pues, en definitiva en la negación del alcance trascendente u ontológico de la inteligencia, determinada a su vez por el materialismo dialéctico, que es la esencia misma del marxismo.

La refutación de ambos errores se ha de hacer positivamente colocando la actividad moral sobre las bases firmes de un *espiritualismo* que salva a la vez: por una parte, *la libertad y la persona humana, sujeto* indispensable del perfeccionamiento moral; y, por otra, el *valor de la inteligencia* para aprehender el *ser* trascendente y estructurar sobre él y el *deber ser* o exigencias ontológicas de aquel, las *normas* éticas absolutas, bajo las cuales se organice toda la actividad libre y moral del hombre en orden a la consecución de su último y específico bien. Tal labor hemos realizado en nuestra Obra: *Los Fundamentos metafísicos del orden moral*¹.

OCTAVIO NICOLÁS DERISI

Universidad Católica Argentina
Santa María de los Buenos Aires

¹ La tercera edición de esta obra saldrá próximamente en España por el Instituto "Luis Vives" de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid.